



La pornografía de la sangre

En vez de preocuparme por la triste imagen del famoso portafolio de Bejarano, ahora recargado en una silla y presumiblemente vacío, mientras escuchamos la voz de Ahumada invitándolo a acelerar el tráfico de influencias, he preferido mirar hacia tierras donde se juega el destino de la civilización. Hacía tiempo que no leía declaraciones tan inteligentes e incisivas como las que recientemente hizo el novelista israelí Amos Oz al habitualmente insulso *El País Semanal*, el pasado 17 de octubre.

Más allá de si Oz tiene o no la razón en los puntos finos de ese eterno y trágico berenjenal que une y separa a israelíes y palestinos, creo que no deben pasarse por alto, por su claridad moral, las opiniones de Oz. Dice Oz: “Mi postura no siempre fue fácil. Hay muchas personas que se han convertido en exclamaciones andantes, en Israel y Palestina, y también en Madrid. Es muy fácil ser un eslogan. Yo no pretendo lanzar una reprimenda a los malos, como una institutriz victoriana. Nuestros intelectuales y los intelectuales occidentales tienen tradiciones distintas. Ellos son de izquierdas, yo también; son pacifistas, yo también; se opusieron a la guerra de Iraq, yo también. Sin embargo, vivimos en planetas diferentes, porque para ellos lo más importante es decidir quiénes son los buenos y quiénes son los malos; firman un manifiesto, expresan su condena, su indignación, su protesta y luego se van a la cama sabiendo que están en el bando de los ángeles. No vivo en un mundo de ángeles y demonios, vivo en un mundo más complejo. En política me siento como si llevara una bata de médico y tuviera ante mí a unos heridos graves por un accidente de coche. No pregunto quién ha tenido la culpa, pregunto qué puedo hacer ahora.

Para mí es más fácil dialogar con palestinos pragmáticos que con dogmáticos propalestinos en Madrid. Afortunadamente, tengo que negociar la paz con los palestinos, no con los amigos españoles de los palestinos. Cuando hablo con colegas palestinos, no los fanáticos, hablamos como dos médicos junto al lecho de un paciente. A veces no estamos de acuerdo en el tratamiento, pero...”

Y en otro momento de la entrevista Amos Oz pone el dedo en la llaga de un tema que nadie quiere afrontar: “Hay una simbiosis voluntaria entre la televisión y el terrorismo, porque el terrorismo significa aterrorizarnos, y lo logran cuando vemos en vivo las imágenes espantosas de Rusia, hace unas semanas. A lo mejor no hace falta que veamos todas esas imágenes. No estoy sugiriendo que se aplique la censura. Necesitamos saber todos los detalles. A través de la radio y los periódicos. ¿Pero tenemos que ver toda esa pornografía de la sangre? No quiero que los gobiernos censuren las imágenes. La libertad de expresión es sagrada. Pero la sociedad civil y los intelectuales deberían reflexionar y tomar quizá la decisión voluntaria de no verlas.”

Con un llamamiento a que los intelectuales hagamos un poco de trabajo intelectual ante la realidad, en lugar de manifestarnos mediante la santa indignación y disparar las balas de salva de nuestro arsenal de convenciones manidas, Amos Oz termina una entrevista que nos recuerda que no sólo Veracruz es bello. Qué invariable y ofensiva pequeñez encontramos en nuestra agenda doméstica, ocupada en grabar las conversaciones de una sarta de pobres diablos en una democracia de tercera división. —

— CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL



ESPÍA CONTRA ESPÍA

Se ha vuelto práctica común en nuestra vida política la exhibición de grabaciones de conversaciones privadas. Conocimos de este modo las siniestras pláticas de José Córdoba Montoya y Marcela Bodensdat, las interesadas de Jorge Castañeda y Elba Esther Gordillo, las biliosas entre los hermanos Raúl y Adriana Salinas de Gortari; pudimos conocer así la ingenuidad diplomática de Fox ante la artera maña de Fidel Castro, y más recientemente las de la pareja Bejarano-Padierna y las de Martí Batres y Alejandra Barrales planeando la toma de la tribuna de la Cámara de Diputados para impedir una votación adversa a su partido, el PRD.

Más atrás, recordamos que Andrés Manuel López Obrador exhibió las grabaciones de Roberto Madrazo en 1994 y que Octavio Romero, actual oficial mayor del gobierno del DF, espía a ese mismo priista y como fruto de su labor ofreció a la prensa, también en 1994, ochenta casetes.

Espían los priistas y los perredistas, hijos de un mismo vientre político: se espían entre sí, se exhiben y se acusan, se arrojan mutuamente grabaciones. Corruptos hasta el tuétano. Los medios de comunicación, si cae en sus manos material de esta índole, están obligados a darlo a conocer, aunque eso constituya un delito, porque delito mayor sería ocultar información de interés público: conversaciones entre funcionarios sobre temas de interés general.

¿Cómo salir de esta miseria? ¿Cómo pasar de las patadas bajo la mesa a las ideas sobre la mesa? Enrique Krauze ofreció una salida a este complicado *reality show* político en el que nos consumimos: organizar un espacio propio cuyo propósito sea elevar la calidad del debate público. Mientras no construyamos ese espacio de diálogo público tendremos que conformarnos con conocer la verdad de los asuntos públicos a través de viciadas conversaciones privadas. —

— FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ



Brozo: fuera disfraces

No se equivocó Víctor Trujillo, que es un hombre inteligente y de vis cómica probada, al crear un personaje chusco y provocador, desfajado, desmadroso y a la vez enterado de los subeibajas de la grilla mexicana, arropado en su potente voz, su mirada saltona y su gusto por el rollo y el albur. No erró al disponerlo en pleno cotilleo y delante de la solemnidad de los noticiarios al uso. Desde *El mañanero*, quién lo dudaría, si no conciencias, despertaría sonrisas y algunas carcajadas de un auditorio radial, primero, y televisivo luego, que juntó vertiginosamente al público corriente con jerarcas políticos y financieros.

Tampoco equivocó la apuesta Televisa al ficharlo mediante un contrato tan grande que mereció rumores, del modo en que sucede con los de las estrellas del deporte o el cine o la balada. Brozo, “el payaso tenebroso” según explicación no pedida, añadió a sus dotes un grupo de compañeros o subordinados que eran modelo de recatada obediencia o de franca vulgaridad, como La Secretaria o El Capitán Guarniz. La noticia como entretenimiento o más precisamente el *show* como medio de dar y comentar noticias, un *show* donde cupo de todo, desde el albur menso y la pretendida misoginia hasta la delación de transas que seguirían ocupando los intercambios de acusaciones en que se ha convertido la política local.

Cuando se fue Brozo, personajes de lo más diverso expresaron felicitaciones al ¿comunicador?, ¿locutor?, ¿actor?, ¿payaso?, y claro que su pesar por la inevitable ausencia. Y ahora Trujillo vuelve, sin disfraz, irreconocible, levemente adusto, sin disimular su interés en las cosas serias de la vida mexicana. Hace un noticiario de corte moderno, sigue a ratos el estilo de emisiones de la Televisión Española, parece apostar por el atractivo solo de los hechos. Es decir, se ha ido al otro lado de la cancha. La apuesta es buena, aunque no sea descabellado augurar menos lamentos cuando llegue la hora de su eclipse, en vista de que la seriedad y el humor sin grosería es cada vez cosa de menos gente. —

— NICOLÁS NIEBLA

Transparencia inteligente

El canal 22 organiza una “mesa redonda” para comentar el estado de nuestra cultura. Víctor Hugo Rascón Banda dice que sería muy bueno regresar al programa 64 de educación básica, cuando la formación artística estaba incluida. Y remata: “Si los empresarios y los políticos hubieran tenido esa formación, otra cosa sería éste país.” Los otros participantes de la mesa asienten, apenas alcanzo a escuchar que dicen cosas como “... con una visión más amplia, más espiritual”.

Se trata de un error. Decir que el arte debe incluirse en la educación porque hace buenas a las personas, porque hace que se preocupen más por la sociedad, es decir que se debe apoyar el arte moral, y que no se debe apoyar al arte indecente o que “corrompe” a la sociedad. Que algunas personas que tienen formación artística sean buenas o decentes no quiere decir que eso sea la causa de que tengan ese carácter; se descuidan o desconocen todas las otras formaciones que tienen aquellas personas. ¿Por qué en una mesa redonda organizada por y en el canal cultural del gobierno federal se cometen todos estos errores y fallas, y nadie las señala? ¿Por qué se dejan pasar errores que pueden tener consecuencias graves en la cultura, en la asignación de dinero a la cultura? Porque no existen contrapartes, porque todos en la mesa “saben” qué es importante; todos en la mesa “saben” qué hacer; todos en la mesa “saben” cuál es el error de los otros, de “los de allá”; todos en la mesa son sensibles e inteligentes.

En un debate, nada se da por supuesto. En un debate se enfrentan partes que saben cosas distintas, que saben cosas encontradas. El otro te obliga a probar lo que dices, el otro está atento a las fallas que puedas cometer o a los errores en los que puedas caer, y los va a señalar. Las partes enseñan, y para eso deben escuchar, juzgar y cambiar de opinión. Y al final, ellos y los que escuchamos hemos cambiado. Hemos aprendido.

El debate es una herramienta compleja de la tecnología de la transparencia: sin debate no hay transparencia inteligente. —

— ALBERTO BENÍTEZ